

Cuadro tercero.

I

En la luna. Paisaje absolutamente árido, de rocas sombrías, entre las que resaltan inmensos cristales. Lavas caprichosas yerguen absurdamente sus bruscas coagulaciones. Una luz, triste en su crudeza, ilumina aquella desolación mineral.

Pierrot aparece caminando lentamente á través de las rocas, con su telescopio en la mano. Está siempre negro. El silencio que reina en el astro muerto le preocupa y atemoriza. Por más que golpea con sus pies, nada oye.

Una enorme tristeza le agobia. De cuando en cuando, dirige á la tierra su telescopio, y un ademán desesperado completa aquella inspección.

Su viaje ha sido inútil. La luna es oscura como la tierra. Hace la comparación levantando del suelo puñados de negro polvo.

Y ya no puede volver. Detrás de un peñasco yace rota la escoba que le condujo. Sus pedazos, que va á buscar en una postrera tentativa, no sirven definitivamente para nada.

De pronto se estremece. La risa de Colombina acaba de llegar á sus oídos. No ; es un sueño, una locura. Mas la risa vuelve á oírse. No ; no ; es absurdo. ¡ Pero si es absurdo ! Nada se oye en la luna. Para demostrárselo, ríe con una carcajada muda que acaba en mudo sollozo. Pero la risa de Colombina estalla por tercera vez. Entonces, desesperado, asesta de nuevo su telescopio á la tierra.

Lo que ve le pone furioso. Mira una vez, y otra, y otra. ¡ Su caballo está roto ! ¡ Se romperá la cabeza si salta sólo ! ¡ Pero aquella es tan horrible, tan horrible ! Y él no puede dejar de mirarlo.

Por último, arroja telescopio y espejo, y sacando de entre sus ropas la varita, describe un pase rápido, échase á correr, lánzase al infinito...

Cuadro cuarto.

I

Fiesta campestre en un bosque. Día primaveral con bellas arboledas y suaves nubes blancas. Nobles señores y lindas señoras vestidos de

pastores, disfrutaban del grato paseo, distribuidos en parejas sobre el césped, ó discurriendo por entre los árboles. Polichinela toca un organillo. Arlequín y Colombina danzan un paso lánguidamente amoroso, que atrae á los señores poco á poco.

II

De pronto, las copas de los árboles se apartan con gran ruido, óyese un desgajamiento, y Pierrot, enteramente blanco, cae exánime al pie del árbol. Huyen todos menos Colombina, cuyo primer movimiento fué cogerse del brazo de Arlequín; pero cuyo amor ha resucitado bruscamente ante lo que ella cree la muerte de Pierrot.

III

Al arrojarse sobre él, llorando, nota que su corazón palpita todavía. Corre por agua á la fuente, le hace aire con su delantal, le reanima á caricias y á besos. Pierrot vuelve en sí, reconoce á Colombina, y todos sus rencores, sus pe-

nas, sus aventuras, desaparecen para dejar sitio al coloquio de amor que acto continuo se entabla.

IV

Los fugados van volviendo poco á poco; mas Pierrot y Colombina se hallan tan abstraídos en su amor, que no lo advierten.

Es necesario que Arlequín se acerque, y tocando en el hombro á Colombina, comience á dirigirla reproches.

Colombina le manifiesta que, habiendo huido cobardemente, no le quiere ya, y que su amor por Pierrot ha renacido al contemplar su desgracia. Conducta que los presentes aprueban.

V

Pero Polichinela quiere saber cómo ha hecho Pierrot para blanquearse, y Colombina está igualmente ansiosa de ello.

Recuerda Pierrot su viaje á la luna, su desencanto y su celoso arranque.

Al caer ha pasado por la región de las nubes; cuyas aguas lavaron su negrura, y he aquí todo.

Una de las pastoras pregunta por qué no se blanqueó á la ida.

Pierrot contesta que entonces no había nubes.

Otra manifiesta su incredulidad de que Pierrot haya estado realmente en la luna, y sus compañeros la apoyan.

Entonces, Pierrot, angustiado, recuerda que se metió al bolsillo, cuando vagaba por los campos lunares, un puñado de guijarros. Es todo lo que tiene por prueba.

Cuando los exhibe, todos comprueban, maravillados, que son diamantes bellísimos. Hay allí una fortuna, y semejante dato convence á los más remisos.

Pierrot entrega á Colombina todas las piedras; pero ella, con un mohín altivo, las arroja detrás de sí, y mientras los otros se precipitan sobre el tesoro, busca amorosa los labios de Pierrot.

FIN

LOS TRES BESOS

(Cuento de hadas)

DRAMATIS PERSONAE:

Dalinda, 23 años, rubia }
Jacinto, 26 años } hermanos
Reinaldo, 20 años. Amigo de Jacinto y prometido de Dalinda.
Dorotea, 50 años. Nodriza de Dalinda.
Graciana, 16 años. Morena. Pastora sobrina de Dorotea.
El hada Dily }
El duende Frol } hermanos gemelos
Calisto, 40 años. Caballerizo de Jacinto.

CUADRO PRIMERO

ESCENA I

Un claro de bosque. Frondas á la izquierda. Rocas escarpadas á la derecha. Mañana de claro sol. Dalinda, Jacinto y Reinaldo, acaban de elegir aquel sitio para el almuerzo que terminará su paseo campestre.

Jacinto.—El sitio es alegre y fresco.

Reinaldo.—(á Dalinda)

Una perfecta enramada
Pastoril.

Dalinda.— Mucho me agrada
Su carácter pintoresco.
(*voluble*).— Sin duda aquí el aura inquieta
Irá contando á las flores
Loas y cuitas de amores...

(*á Rein. con una venia*)

Como diría un poeta.
En prosa menos ladina,
Nuestro apetito burgués
Saboreará un entremés
De jamón y de gallina...

Reinaldo.—(*galante*)

Cuya autora...

Dalinda.—(*riendo*)

Dorotea

Mi nodriza, lleva en eso
Medio siglo...

Jacinto.—(*cortando la conversación con ligera displi-*
cencia).

Aunque es espeso
El bosquecillo, clarea
Bastante aquí, y tal vez luego
Nos queme un sol imprevisto.

(*volviéndose hacia la izquierda, y notando un humo*
ligero que aparece entre los matorrales).

Parece que ya Calisto
Consiguió arreglar su fuego.
Reinaldo.— Busquemos mejor follaje,
Y así, á Dalinda, la siesta
Le será menos molesta.

Dalinda.—(*petulante*).

¡Bah! Yo soy una salvaje,
Una gitana. ¿No ve
Que lo revela mi facha?

Jacinto.—(*protector*).

No eres más que una muchacha...

Reinaldo.—(*apasionadamente*).

...Genial.

Dalinda.— Gracias. No hay de qué.

(*entre irónica y vanidosa*)

¿No admiran el alto brío
Que implica entre mis monadas

(*recogiéndose ligeramente la falda*) .

Venir con medias caladas
A desafiar el rocío?
Al sol, como una jamona
¿Temería? ¡Qué vergüenza!

(*á Reinaldo*).

¿No dice usted que mi trenza
De oro solar me corona?...

Jacinto.—(*irónico*).

La frescura matinal
Te ha vuelto poco concisa.

Dalinda.—(*vanidosa*).

«Gárrula como la brisa»
Me llama otro madrigal.

Jacinto.—¿De Reinaldo?

Dalinda.—(distraída). No...

Jacinto.—(á Reinaldo sentenciosamente).

¡Pesares
De lo bueno y de lo bello!

Dalinda.—(coqueta).

Reinaldo ¿cómo es aquello
Del Cantar de los Cantares,
Que un día ante el facistol,
Tocando su violín
Me dijo usted en latín?...

Reinaldo.—(tristemente).

Pulchra ut luna, electa ut sol.

Dalinda.—Aun recuerdo su romanza:

(entonando)

Tra la la ri la. Y su pena...

Reinaldo.—Aquel día fué usted buena...

Dalinda.—(picaresca).

No hay que perder la esperanza.
Y' entretanto voy á ver

(encaminándose hacia el humo)

Si está el almuerzo predicho.

Jacinto.—Anda, musa del capricho.

Dalinda.—(juguetona).

«¡Oh, Inconstancia, eres mujer!»

exit.

ESCENA II

Reinaldo—Jacinto

Reinaldo.—

Mi humillación, más grande que mi pena,
Sus sarcasmos inútiles infiere
A ese maldito amor que me encadena.
Ya lo has visto: Dalinda no me quiere...

Jacinto.—

Aunque á veces absurda y desapareja
Te cause mal, su corazón amigo
Late por tí...

Reinaldo.—(con triste ironía).

...riendo de mi queja.

Jacinto.—

Pero es tuya, por fin...

Reinaldo.—(más irónico).

...juega conmigo.

Jacinto.—

Es con todos así. Congoja ó lloro
Los menosprecia al par su alma insumisa,
Pero al reir, su corazón de oro
Salta á su boca amonedado en risa.
Es coqueta. Quien necio la contemple
Hallará en su altivez ingrato choque.
La ironía es á su alma lo que el temple
A la íntegra excelencia del estoque.

Reinaldo.—

Ebria de adulación, goza mi oprobio
Como la golosina de un banquete ;
Y no sé entre su *diábolo* y su novio
Cual prefiriera al fin... como juguete.

Jacinto.—

Es prenda de conquista ; nunca sierva.
Rendirse, no entregarse, es su destino.
Pero su rubio orgullo te reserva
La generosidad de un noble vino.
Ambicionara en su novela rosa
De doncella, por héroe más apto,
El paladín que á una instantánea esposa
Con dulce iniquidad impone el raptó.
Celebro en su crueldad, en su ironía,
La virtud de mi sangre. Su lozana
Juventud, ya lo ves, es mi poesía...

Reinaldo.—

Sí, buen Jacinto, adoras á tu hermana.
Y es adorable. Bien lo corrobora
Esta debilidad que en mí persiste.
Comprendo su ironía seductora.
Su gracia cruel... Pero el amor es triste.
En el querer se pierde la palabra,
Ebrio de corazón. La dulce amiga
A la cual nuestro amor el pecho labra,
Mejor es que lo lllore y no lo diga.
Su palidez acógese á tu imperio
Inmensa de ojos, en caricia muda,
Y tiembla un poco ante el pueril misterio
De sentirte mirar su alma desnuda.
Tan noble plenitud tiene por precio
Lágrimas que no son sino divinas,
Y en tu éxtasis de amor te pones necio
Como la luna, pero te iluminas.
El dolor ennoblece lo que ama
Como la palidez al ojo obscuro.
Todo puede reirlo el epigrama ;
Pero en amor, sólo el llorado es puro.

Si no sabes llorar con el encanto
De una tarde cordial en que la esquila,
De su cáliz inverso, un suave llanto
En melodiosas lágrimas destila ;
Si ignoras los deliquios sobrehumanos
Con que se sufre el magnetismo inerte
De irse infundiendo el alma por las manos
En una intimidad de amor y muerte ;
Gozará tu jovial galantería
En un jardín de besos, cuanto existe
De pasión, mas no sabes todavía
Lo que es amor, porque el amor es triste.

Jacinto.—

Argumentos de artista...

Reinaldo.—

Amarga y dura
Realidad... Pero escúchame y tú mismo
Discernirás la triste conjetura ;
O, mejor, realidad en que me abismo.
La otra noche, rendido ante su reja
Como un amante en clásico infortunio,
Dejé irse una vez más mi pena vieja
Al lirismo triunfal del plenilunio.
Ella, de codos en la fiel baranda,
Con signo vago que tomé por rico
Lenguaje, discernía á mi demanda
El *si* de su pañuelo y su abanico.
Trivialidad divina que era acaso
La inicial confusión de su alma pura,
Idealizada al fin en un fracaso
De vanagloria y de literatura.
Languideció de luna su cabeza ;
Suspiró vagamente á lo lejano ;
Y al fundirse en la mía su tristeza,
Se le cayó el pañuelo de la mano.
Recógalo ya con la premura
De estamparle mi beso más ardiente,

Cuando en un sobresalto de amargura
Noté que estaba liso enteramente.
La angustia del amor se estampa, amigo,
En esa prenda, y defraudó tu anhelo,
La que pudo charlar de amor contigo
Sin haber arrugado su pañuelo.

Jacinto.—

Nos ponemos solemnes, y no ignoras
Que si Dalinda vuelve en este instante,
Comentarán sus risas más sonoras
Mi faz de rodrigón y tu semblante.
Oculta tu tristeza; te aconsejo
Que en breve decisión le digas todo.
Sé bravo y ágil; mírate en su espejo.
Nadie ha de conquistarla de otro modo.
Y mientras tanto, como el fresco invita
A emprender un paseo aperitivo,
Me marcharé al evento de una ermita
En misión de filósofo pasivo.
No iré lejos; y que te sea grato
El decisivo arranque de tu esfuerzo.

Reinaldo.—

Descuida.

Jacinto.—

Da tres toques de silbato
Cuando llegue la hora del almuerzo.

exit.

ESCENA III

Reinaldo—Dalinda

Dalinda.—¿Y Jacinto?

Reinaldo.— Acaba ahora
De irse á pasear un momento.

Dalinda.—Hay un acontecimiento
En el pic-nic; á deshora
Calisto advierte que el vino
Se quedó olvidado en casa.
¡ Véase cómo fracasa

Nuestra dicha ante el destino!

Reinaldo.—¡ Siempre así! Pero aquí debe
De haber, por aquí muy cerca

(indagando).

Una vertiente ó alberca...
Y el agua también se bebe.
Ya recuerdo con certeza

(señala las rocas)

Donde mismo está situada.

Dalinda.—*(grave).*

Pero es el agua embrujada
Que produce la tristeza.

Reinaldo.—¿ Supersticiosa?...

Dalinda.— Un poquito;
Y luego, en casero afán,
He cambiado ya de plan
Ante el suceso fortuito.
A la entrada de la aldea,
Por cierto muy oportunos
En la ocasión, viven unos
Parientes de Dorotea.
Hoy día, no sé á qué cosa,
Han debido irse algo lejos
Casualmente. Son dos viejos
Y una chica muy donosa,
A quien acompaña mi
Nodriza, pues quedó á cargo
De la casa; es menos largo

Irnos á almorzar allí.
El buen Calisto asegura
Que de allí, por un atajo,
Nos llevará sin trabajo
El vino de su aventura.
Se fué ya ; su mal papel
Le ha dejado medio loco.
Anda así... Creo que un poco
Enamorado...

Reinaldo.—(dolorido y sarcástico).

¡ Ay de él !

Dalinda.—(picaresca).

¡ Señor poeta ?... Certero
Es usted como una bala
En el corazón.

Reinaldo.— ¡ Qué mala,

(cogiéndole la mano).

Que mala, y cómo la quiero !

Dalinda.—(recitando con malicia, aunque ligeramente turbada).

Mire... que... la « dulce... amiga, »
Tiene... quejas... de su... afecto
También...

(levantándose con repentina volubilidad).

Reinaldo: ¡ un proyecto !

(golpeando las manos).

Diga que sí, diga, diga.

Reinaldo.—(desilusado).

Sí... si quiere...

Dalinda.— Bueno: yo,
Me escondo y usted me busca...

Reinaldo.—(irónico).

¡ Un sport de ninfa etrusca ?...

Dalinda.—(haciendo ademán de correr).

¡ A que no me halla !... ¡ A que no !...
Pongamos el aliciente
De alguna apuesta común :

Reinaldo.—(decidiéndose).

Su pañuelo, contra un...

Dalinda.—(echando á correr).

...Soneto, naturalmente.

exeunt.

Pausa.—(Oyese á lo lejos el trunco aire pastoril de una zampoña.)

ESCENA IV

Dalinda que regresa por la derecha sujetándose de una supuesta carrera para despistar á Reinaldo. Luego Jacinto y Calisto.

Dalinda.—(acalorada).

¡ Qué sed...
(reparando en la fuente) Ah... la fuente.

(Dirigese hacia ella; pero al llegar al borde hace un ligero movimiento de sorpresa y se queda pensativa, mirándola, con las manos enclavijadas. Poco á poco se arrodilla para ver mejor.)

Jacinto.—(Entra lentamente y reparando en Dalinda arrodillada, hace una mueca de inteligencia consigo mismo; pónese de puntillas y se acerca para cosquillearle la oreja con una paja que trae en la mano; pero al mirar por encima de su hombro, queda extasiado á su vez durante un rato. El aire de la zampoña vuelve á oirse más dulce y más lejano.)

Calisto.—(Llega presuroso, trepa las peñas en dos saltos y dice bruscamente deteniéndose ante los hermanos):

ESCENA V

Dichos y Calisto

¡ Ya

Está el vino!

(Dalinda arroja un ligero grito).

Jacinto.—(como despertando colérico).

¡ Imbécil!

Dalinda.—(azorada). ¡ Vete!

Calisto.—Pero si yo... En un paquete...

Dal. y Jac.—¡ Sal de aquí!

Calisto.—(alejándose á zancadas y con un ademán de desesperación).

...¡ Un paquete!... Allá...

Un paquete... Un paquete...

Dalinda.—(siguiéndole con mirada rencorosa).

¡ Idiota!
exit Calisto.

ESCENA VI

Jacinto, Dalinda

Pausa.—(Oyese el último compás de la zampoña. Dalinda, cabizbaja, traza figuras en el suelo con su sombrilla. Jacinto se muerde el bigote, distraído. Después poniendo paternalmente una mano sobre la cabeza de Dalinda:)

Jacinto.—¡ Qué tienes Dalinda?

Dalinda.—(evasiva). Nada...

Jacinto.—(con cierta inquietud).

¡ Bebiste el agua encantada?

Dalinda.—No; no he probado una gota.

Jacinto.—(suspirando con alivio).

¡ Más vale así!

Dalinda.—(cortando la conversación).

Tu admirable
Calisto, siempre en sus trece
Olvidó el vino...

Jacinto.— Merece,
Por cierto, un collar de cable.

Dalinda.—(impaciente).

Pero tú, siempre de broma,
Fomentas al haragán...

Jacinto.—(entre burlón y sentimental, haciendo que
escucha).

Oye con qué tierno afán
Gime por tí esa paloma.

Dalinda.—¡ Qué cargoso!...

Jacinto.— ¡ Es mala idea?

Dalinda.—Viendo que la hora se pasa,
Envié el almuerzo á la casa
Del primo de Dorotea.
Es un poco cuesta arriba,
Bien que más corto.

Jacinto.— Lo acato.
Pero ¡ y tu novio?

(la voz de Calisto saliendo de un matorral):

Hace un rato
Yo le encontré que ya iba.

Dalinda.—¡ Qué rabia Jacinto! ¡ Escapa
Después de espiarnos!

Jacinto.—(dirigiéndose airado al sitio de donde salió
la voz).

¡ Gandul!

(óyese entre los matorrales el ruido de la fuga de
Calisto).

Dalinda.—(sentenciosa).

¿ Ves?

Jacinto.— Se trata de un baúl
Que tiene floja la chapa.

Dalinda.—Y has de saber que se inclina
Con ridículos amaños,
A un pimpollo de quince años:
A Graciana, la sobrina
De Dorotea. ¿ Qué tal?

Jacinto.—(sentencioso).

Que debes tratar mejor
Los infortunios de amor
Pues que eres novia...

Dalinda.—(con fastidio é ironía).

¡ Oficial!

Jacinto.—(aproximándose con disimulo á la fuente).

¿ Y Reinaldo? ¿ Hubo ya heridas?
¿ Dudas? ¿ Querellas mortales?...

Dalinda.—(siguiéndole).

Le extravié en los matorrales
Jugando á las escondidas.

(miran un momento á la fuente pensativos).

Jacinto.—¿Viste algo en la fuente? Una Leyenda, dice que quien Bebe en ella, pierde el bien De la dicha.

Dalinda.— Tu oportuna
Llegada de hace un momento,
Me sirvió, quizá, de amparo.
Lo que descubrí es tan raro,
Que ya me parece cuento.
Figúrate que en el fondo
Vi transformarse, indecisa,
Mi cara, con la sonrisa
De un niño extático y blondo.
Luego desaparecí,
Viniéndome á suceder
Aquel adorable ser
Que se formara de mí.
Y en fulminante martirio,
Mezcla de dolor y miedo,
Comprendí que ya no puedo
Querer sino este delirio.
Sin duda es este el horror
De la leyenda paisana...

(*mimosa y entristecida*)

Hermano, su pobre hermana,
Puede morir de amor.
Siento una tristeza en mí
¡Tan dulce! ¡Mas, quien creyera
Que tal disparate fuera
Verdad, que se amara así?
Mi ilusión será un abismo
De soledad desdichada...

Jacinto.—Salvo en lo de ser un hada
El duende, yo vi lo mismo.

Dalinda.—¿Un hada?

Jacinto.— Un hada de esquivo
Semblante, cuya belleza

Me dió también la certeza
Del amor definitivo.

Dalinda.—¿Pero qué dices, por Dios?

Jacinto.—Mi... quimera, mi locura...
Creo, pobre criatura,
Que estamos locos los dos.

Dalinda.—(*ansiosa y risueña*).

Pero ahora ¿ves la cara
En la fuente, hermano loco?

Jacinto.—No. Y tú, ¿la ves?

Dalinda.—(*tristemente*). Yo, tampoco
El agua está yerta y clara.

Jacinto.—Yo creo que el amor quiso,
Tal vez en justa sentencia,
Castigar nuestra inclemencia
Con la pena de Narciso...

Dalinda.—Oh, no; mi amor es sincero
No capricho ó desvarío;
Lo que yo quiero no es mío
Y he aquí por qué lo quiero.

Jacinto.—(*encaminándose hacia el fondo con Dalinda*).

Ocultemos este mal
Que avergüenza y tiraniza.
Que ignore hasta tu nodriza
Nuestro chasco fraternal.
¡Hadas, duendes!... ¡Bufonadas
De una ilusión irrisoria!

Dalinda.—(*dulcemente*).

Pero ¿acaso toda historia
De amor, no es un cuento de hadas?

Telón

CUADRO SEGUNDO

ESCENA I

Junto á la cabañá. Instrumentos de labor esparcidos. Perspectiva rural. Dos árboles frondosos un poco detrás de la casa. Reinaldo y Graciana, que vienen llegando por la izquierda, detiéndense bajo el que está más inmediato al bosque.

Graciana.—(coqueta y ruborosa).

Ah, sí... Muy sincero!... Sí...
¿Y su novia qué dirá?...

(cuelga del árbol su zampoña)

Reinaldo.—(tierno).

¿Cuando me vaya de acá
Se acordará algo de mí?

Graciana.—(evasiva).

No sé... quizá...

Reinaldo.— Ya he de ver

(intentando cogerle una mano).

La crueldad con que me hiere.
Quiérame un poquito ¿quiere?

Graciana.—¿Por qué le he de aborrecer?

Pausa.—(Reinaldo mira vagamente los árboles, suspirando. Graciana, más cohibida cada vez, roe lentamente un pétalo.)

Reinaldo.—(cogiendo un dedo de Graciana).

¿Y esta sortija? (malicioso). Seguro
Que...

Graciana.—(más confusa). ¿Qué señor?

Reinaldo.— Si lo sé.

Se la dió un buen mozo, ¿eh?

Graciana.—(vivamente y alzando los ojos con ingenuidad). Oh, no, señor; se lo juro.

(Pausa).

Reinaldo.—(amoroso).

¿Cierto, no me va á olvidar?
Yo la adoro locamente.

Graciana.—(cubriéndose el rostro con el delantal y estallando en lágrimas).

Señor, mi madre está ausente...
¿Por qué me quiere engañar?

(Calisto, que llega en ese instante, advierte la escena y se escurre disimulándose con astuto rencor hasta quedar oculto al lado opuesto de la casa.)